

ANDALUCÍA ANTE ¿UNA NUEVA EUROPA?

La Unión Europea se enfrenta a nuevos y cruciales retos, algunos de ellos desconocidos desde su creación, como la gestión de los recursos energéticos, donde se ha puesto en evidencia su vulnerabilidad. Otros, que parecían olvidados, resurgen briosos, como la amenaza nuclear de su frontera oriental. Y otros, finalmente, están más relacionados con la construcción, en un sentido u otro, de la identidad europea. Muchos factores están haciendo visible esta nueva realidad y dejando entrever **la posibilidad de un cambio estructural** importante.

Hablamos de crisis de la globalización, presión migratoria, cambio climático, pandemia, Brexit, la guerra de Ucrania o la irrupción de fuerzas políticas profundamente euroescépticas cuando no directamente antieuropeas o, en el mejor de los casos, claramente enfrentadas a este modelo cortado a la medida de democristianos y socialdemócratas, que tampoco se debe confundir, necesariamente, con la idea primigenia de los fundadores del proyecto europeo.

Esta **necesidad de repensar Europa** ya está en el debate político y académico, donde los expertos tratan de explicar lo que está pasando y a dónde nos puede llevar esta situación, preñada de incertidumbre. *En el fondo de todo, la clave de bóveda: el enorme poder que acumulan las instituciones de la Unión Europea, los déficits democráticos que padecen y la incidencia sobre las posibilidades globales y regionales de desarrollo.*

Decía Blas Infante, hace un siglo ya, que Europa es la "máquina", la que "convierte al individuo en pieza de esa máquina, cuando Andalucía es la integridad que apercibe al individuo como un mundo completo ordenado al mundo creador. Europa es el individuo para la masa. Andalucía el individuo para la humanidad." Y, si bien Europa ha cumplido un papel esencial durante los 70 años de vida que tiene, (contados desde la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero de 1951), que fundamentalmente consistía en evitar los frecuentes y sangrientos conflictos que culminaron en la Segunda Guerra Mundial, lo cierto es que **su arquitectura institucional presenta un déficit democrático** que contrasta con su creciente poder y que, de alguna manera, nos hace recordar a Infante, es decir, a esa visión del individuo para la masa a toda costa, con riesgo incluso de limitación de sus derechos. Y quien dice individuo, también dice pueblo. **Una integración a base de directivas y reglamentos, a martillazos, impuesta por la burocracia europea y no de abajo arriba y de manera gradual puede provocar reacciones indeseadas en todos los órdenes: social, político y económico.**

En este momento histórico tan convulso que nos toca vivir, de nuevo la guerra se presenta, como ya ha citado algún autor, como una espléndida justificación para aumentar los poderes del Estado y de Europa de forma permanente, aunque con justificación temporal. Y esa situación afecta a los pueblos de Europa y, naturalmente a **Andalucía, que ven comprometido su autogobierno y, consecuentemente, su propia identidad** y, con ello su genuina forma de afrontar sus propios retos. Se pone en riesgo, en definitiva, la diversidad en todas sus expresiones y como principio y motor de cambio y transformación.

De alguna manera, y citando a Ulises Moulines, se desdeña y arrincona lo que él llamaba principio VIPS en su Manifiesto Nacionalista, o lo que es lo mismo, el valor intrínseco de la pluralidad del ser. Y no hablamos de chovinismo nacional, que nosotros también estimamos grotesca la alabanza de un pueblo a sí mismo como diría Infante, sino por el muy negativo ejercicio de destrucción creativa que ello comporta y las consecuencias que sobre la verdadera armonización europea puede tener el camino elegido por la **eurocracia**.

La justificación de este viraje neocentralista, se viste en España con la excusa de la pandemia y en Europa con la necesidad de una mayor integración política y económica evidenciada con la guerra de Ucrania. En el fondo, no estamos más que ante una versión actualizada de lo que el pensamiento infantiano llamaba "escudo de la solidaridad", que no es otra cosa que la excusa preferida del centralismo para reducir, cuando no acabar, con el autogobierno de sus distintos niveles territoriales y con los pueblos que lo sustentan. No es que Europa no precise una mayor integración y armonización, sino que lo que aquí se discute son los medios empleados para alcanzar el objetivo, esto es, si se busca por imposición intervencionista de sus instituciones, especialmente la Comisión Europea, que siguen la lógica expansiva de todas las estructuras burocráticas, o por la vía de una sana competencia de los pueblos de Europa y de sus economías y modelos. **El primer modelo, el intervencionista, el de integración acelerada es, como apuntábamos, de destrucción creativa y anulación de diversidad política y étnica,** y además contribuye a alimentar movimientos radicales como estamos viendo, por ejemplo, en Italia; **el segundo, por el contrario, es el generado por los individuos, los distintos pueblos en que se integran, por sus mercados y por sus gobiernos.** Un modelo de competencia virtuosa que conduce al mismo resultado, pero de forma más respetuosa, sólida y duradera, respetando la idiosincrasia de los pueblos y estados existentes en el seno de la Unión Europea, por simple mimetismo, esto es, en ese modelo que defendemos desde el andalucismo, la competencia permite a todos mejorar copiando o implementando las propuestas de los demás. Europa no puede olvidar con tanta facilidad el principio que hacía posible, sobre el papel, esta vía: el principio de subsidiariedad.

Los andalucistas, aun siendo europeístas convencidos, debemos trabajar en la línea de evitar este movimiento tanto a nivel estatal como europeo, en la medida en que esa trayectoria centralista europea reduce y puede llegar a eliminar la necesaria competencia entre los gobiernos y los individuos de los distintos niveles territoriales, considerada un juego de suma positiva en el que todas las partes involucradas en él se benefician, **con el objetivo final de lograr una integración a nivel europeo de abajo arriba, basada en la autonomía de los pueblos y libertad de los individuos, cortando de paso la subida a movimientos contrarios a toda visión de Europa.**